

LEYENDA QUINTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTÁSTICO.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno
De flores y árboles lleno
Que á un jardin se parecia
Un buen hidalgo vivia
De pesadumbres ajeno.

De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Habia un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.

Allí dejó á su partida
Para la empeñada guerra
En una esposa querida,
Y una hija de ella tenida
Cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvia en vano;
Faltábale su mujer.

El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada dia
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdía
El mensaje, y no llegaba.

Murió pues la triste esposa
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era difícil cosa
Mas noticias que la muerte.

Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa
Quedábale una doncella
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.

¿Y quién; vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos
Cuando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?

La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada,
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se vé cercada.

Así el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda,
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!



Aurora, si, se llamaba	Sus primorosos colores
Porque en la aurora de un dia	Y su fragancia exquisita
Conque un abril empezaba	Vergüenza son de las flores
Nació, y el sol que apuntaba	Que aquellos alrededores
Con ella á la par nacia.	Dan entre yerba marchita.
¿Y quién sabe si al prever	Y orgulloso y satisfecho
Su hermosura venidera	De guardar tan linda flor,
Quiso el sol su estrella ser,	Robleda pide á su pecho
Y vino la primavera	Ambito menos estrecho
Su mas bella flor á ver?	Para su ambicioso amor.
Así suceder debió	Toda su triste existencia
Porque en aquella espesura	De auroras desventuradas
La bella Aurora creció	Y de sangrientas jornadas
Y dióla doble hermosura	De aquella Aurora en presencia
Cada aurora que pasó.	Sueño es de cuitas pasadas.
Rosa del valle frondoso	Y así en su albergue escondido
Que del cierzo la guarece,	Y en soledad deleitosa,
Su cáliz abre oloroso	Contra el pesar guarecido
Bálsamo esparce precioso	Pasa su vejez dichosa
En el desierto que crece.	El soldado encanecido.

I.

En una de abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraída yace,
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imágen.
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace,
Y asoma sobre sus labios



De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mirala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
¿ Por qué me miras , le dice ,
Cuando me inclino á mirarte ,
Y si me aparto te apartas ,
Y si salgo á verte sales?
¿ No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil
Hasta quien la dá la vida
Osar subir arrogante?
¿ No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los míos á mirarte?
¿ Quien eres tú , necia sombra ,
Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
Tú , pobre ilusion sin vida ,
Sombra sin cuerpo palpable
Que solo á la sombra de otro ,
Puedes vivir arrastrándote.
Tú , que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales ,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á tí no me acercase?
¿ Y todavía me miras?
Y te me ríes , infame ,
¿ Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma , descarada , y sea
Cada granito un ultraje.
Y así la hermosa diciendo
Por castigar á su imágen ,
Tiraba al fondo del agua
Las arenas de la márgen.
Al ver la espuma que elevan,
Al ver los innumerables

Circulillos que producen ,
Y unos y otros quebrándose
Fugitivos de su centro ,
Y en tumulto interminable ,
Los unos van á perderse
Adonde los otros nacen ,
Y entre la confusa tela
De sus líneas vacilantes ,
Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imágen
Con inocente sonrisa
Y con infantil donaire ,
Eso es , decia , ya vuelves ,
Necia sombra , á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda ,
Tú á salir , yo á borrarle.
Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se le pasaba la tarde
Luchando contra su sombra
Que parecia constante ,
Cuando un mancebo que estaba
Tras ella , con voz suave
Y afectuosísimo tono,
Dijola : Aurora , ¿ qué haces ?
Tornose al punto la niña,
Y ruborizada alzándose
Dijo bajando los ojos:
¿ Qué he de hacer mas que esperarte ?
—Tan entretenida estabas
Con el arroyo...

—Tirábale

Las arenillas que cria
Por venganza.

—¿ En qué es culpable

Para que así le castigues?
—Detesto sus falsedades,
Y él me engaña.

—¿ Qué te dice ?

Me copia todo el semblante,
Y miente sin duda alguna.
—¿ Por qué ?

—Porque á ser iguales

Yo y el reflejo que pinta

Mas en verdad te agradase.

—¿Pues quién te ha dicho, alma mia,

Que yo no te le idolatre?

—Mas á menudo vinieras

Si así fuera á contemplarte.

—¿Acaso tardé?

—Lo ignoro.

Cuando vienes nunca es tarde.

Pero cuando pasa un dia,

Y otro y otro, y aguardándote

Paso horas y horas sentada

Mirando por todas partes

Sin que por ninguna lleguen

Mis ojos á tropezarte,

¡Ay, Felix, qué de recelos

Me atormentan!

—¿Pues no sabes

Que tengo yo, Aurora mia,

Ayo, maestros y padre

Que me acechan de continuo

Y que me es fuerza robarles

Los minutos para verte

Si no para idolatrarte?

Cuando el castillo abandona

Ya por caza ya por viaje

Es solo cuando evadirme

De mi preceptor es fácil;

Y solo con mil pretextos

Logro entonces engañarle

Y no oír sus importunos

Consejos inagotables.

Con el del noble ejercicio

De las armas salgo al parque,

El caballo se desboca,

Salta la zanja y el valle.

Tanto, bien mio, me cuesta

Verte unos cortos instantes;

Mas no hay azar que no arrostre

Por oírte y contemplarte.

—Ay Felix siempre palabras

Consoladoras me traes,

Mas no sé que falta en ellas

Que nunca me satisfacen.

—¿Dudas acaso?...

—No en faltar

Que no me atreviera amándote.

—¿Pues en quién?

—En la fortuna.

Tú tan noble...

—Y es bastante

Garantía la nobleza

De mi encumbrado linaje

Para cumplir mis palabras.

Y esto, Aurora mia, baste,

Que me ofenden esas dudas.

—¡Siempre ese altivo lenguaje,

Felix, siempre te me enojas!

—¿Yo, Aurora mia, enojarme?

Contigo, mi bien, mi gloria.

Jamás.

—Pues tu mano dame,

Júrame que me amas mucho,

Y hagamos las amistades.

—Las manos no, el corazon.

—No puedo yo tanto darte.

—¿Pues qué, corazon no tienes?

—No, que ha venido á robármele

Un mancebo muy gallardo.

—¿De veras?

—Si, como un ángel.

—¿Y se le llevó?

—Sin duda.

—Como yo llegue á encontrarle...

—¿Se le pedirás?

—No á fe.

—¿Pues qué has de hacer?

—Arrancárselo.

Y aquí cayendo la niña

En los brazos de su amante

Sonó un regalado beso

Que devoró ansioso el aire.

—Aurora, dijo el mancebo,

Mira al sol.

—Felix, ¿te partes?

—¿Qué he de hacer? Espira el dia.

—Es verdad, Felix. Mi padre

Tambien estará impaciente.

¿Volverás pronto?

—Cuanto antes.

—¿Te acordarás de mí?

—Siempre:

Mi existencia es solo amarte ;
No tengo en mi corazon
Mas que un altar con tu imágen.
—¿ Se borrará ?

—Nunca, Aurora:

Pintada está con mi sangre
Y por el crisol pasada
Del fuego que en ella arde.
Y al dulce beso tornaron
En punto tal separándose,
Y mientras verse pudieron
No dejaron de mirarse.
Subia aprisa don Felix
Y con pasos desiguales
Por la tortuosa vereda
Que lleva fuera del valle;
Y lentamente cruzaba
Aurora la opuesta parte
Por la olorosa pradera
De que es su casa el remate.
Y á cada paso volviéndose
Y de léjos saludándose
Ambos á dos se juraban
Como quien eran amarse.
¡ Pobres niños que insensatos
Juzgaban interminable
Lo que era con solo un soplo
Interrumpirles muy fácil !

II.

Tendia sobre la tierra	Todo en el valle reposa
Su oscuro manto la noche	Y con murmullos acordes
De estrellas poblado el cielo	Entre las hojas susurran
En magnifico desórden.	Los céfiros jugueteros.
Lanzaba apenas la luna	El manso rumor del agua
Sus tímidos resplandores,	Que entre los céspedes corre
Como enamorada que abre	Mezclado con sus murmullos
Recelosa sus balcones	Incesantemente se oye.
Por ver al galan que espera	Perfuma el ambiente puro
Y que las sombras le esconden;	De las campesinas flores
Mas cuyo contorno vago	El grato y sencillo aroma,
En la oscuridad conoce.	Que ávida el aura recoge.

Brotan del húmedo césped	Mohino el semblante noble,
Imperceptibles vapores ,	Sumido el ánimo muestra
Que de las ráfagas vuelan	En graves meditaciones.
Sobre las alas veloces,	Jamás se le vió tan triste ;
Y la frescura se aspira,	Sin duda su pecho esconde
Y los sentidos absorbe	Algun secreto funesto
Vaga languidez dulcisima,	Que el corazon le corroe.
Que hace su deleite doble.	Secreto que en el silencio
El pensamiento perdido	Es fuerza que le devore,
El ancho espacio recorre	Que en su corazon se entierre
En pos de mil imposibles	Y en su corazon se ahogue.
Encantadas ilusiones.	Mas él desea sin duda
Los ojos alucinados,	Que fuera de él se desborde,
Con mil falsos resplandores	Reduciendo sus tormentos
Realidades imaginan,	A sentidas expresiones:
Sus increadas ficciones.	Que otro las oiga y las sienta
Y en el azul trasparente	Como él las siente y las oye,
Cuya extension desconocen	Ya porque él lo necesite,
Sus errantes fantasias	O ya porque á otro le importen.
En su desvario ponen.	Y esto sin duda resuelve
Y un vapor que le atraviesa,	Porque dejando su inmóvil
Un insectillo que indócil	Posicion , por la ventana
Le cruza inquieto sonando	Llamó á Aurora, y levantóse.
Sus alillas uniformes,	Entró la hechicera niña,
Un hoja que va en el aire,	Volvió á su sillón de roble
Sin hallar en qué se apoye	El padre, y entre los dos
Y desprendida de un tronco	Plática tal entablóse.
Acaso de sávia pobre,	ROBLEDA.
Por una vision la toman,	¿Dónde has estado?
Que pasa ante ellos informe	AURORA.
Suspiro tal vez de un hada,	En el soto.
Plegaria acaso de un monje.	ROBLEDA.
Noche azul, limpia y serena	¿Qué has hecho allí?
Tras la cual se reconoce	AURORA.
Lo infinito del espíritu	Coger flores.
Que con un soplo hizo el orbe.	ROBLEDA.
En esta noche tranquila	¿Y has cogido muchas?
Y en este valle fué donde	AURORA.
Delante de una ventana	Muchas.
De su alquería sentóse	ROBLEDA.
El bueno de Juan Robleda	Ten cuenta con las que coges,
En un gran sillón de roble,	Y no vayas á buscarlas
Asegurando los codos	Al parque de los señores
En sus brazaes enormes.	De Aracena, porque tiene
Los ojos en tierra fijos,	Muy malos alrededores.

AURORA. Felices ó vencedores,
Yo señor... La fuga salva aunque manche.

ROBLEDA. ¿Mas como de las traiciones
¿Me has entendido? Defenderse de enemigos,
No están mis ojos tan torpes Que á par con nosotros corren?
Todavía que no alcancen Bajas, Aurora, los ojos,
Hasta el lindero del bosque. La faz ruburosa escondes;
¡Ay de tí, luz de mi vida,
AURORA. Si freno al amor no pones!

ROBLEDA. ¡Callad por Dios, padre mio!

ROBLEDA. Hija mia Fuerza es decírtelo, óyeme:
No hay desdicha que no arrostre Todo lo sé, pobre niña.
Tu padre por tu ventura, Esas desdichadas flores
Ni mal que por tí no afronte. Que vas á coger al campo,
Mas no hay tampoco desdicha Son las falsas expresiones
Que me desvele ni asombre. Los juramentos de amor
Como el temor de perderte. De un mozo á quien no conoces,
Y de quien tú no has nacido

AURORA. Mas que sierva. Y si no rompes
¿Y á qué, padre, esos temores? Tan torpes lazos, si no echas
Aquí hemos siempre vivido En olvido hasta su nombre...

AURORA. Padre, imposible. Se mezcla
Posesion respetan siempre, En mis mismas oraciones.
Los bandidos y los nobles. No se aparta de mi mente
Mil veces me habeis contado Ni de dia ni de noche.

ROBLEDA. Pues bien, Aurora es forzoso
Que todo el mundo está henchido, Que desprendértele logres
De desventuras y horrores, Del corazon; es preciso
Pero jamás han llegado Que huyamos léjos de ese hombre.
A nuestro valle sus voces. Tú no naciste condesa.
ROBLEDA. No heredaste mas blasones
¡Ah! que no es Aurora mia Que tu honor, y esa no es prenda
Tan peligroso el redoble Para perdida de un golpe:
Del atambor que convoca Venderé nuestra alqueria.
Para matarse los hombres Aurora, á partir disparte,
Como la voz engañosa La distancia es el olvido,
De esas mágicas pasiones Y el tiempo allana los montes.

AURORA. Pues bien, padre, partiremos:
Que viven en nuestro pecho Conozco vuestras razones:
Como huéspedes traidores. Iremos donde gustareis;
Lides se vencen lidiando,
Y al fin ya que no se logre
Salir de una guerra siempre

Será, un sacrificio enorme,
Tal vez me cueste la vida,
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo
Que el aliento me sofoque ;
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí; si, padre mio,
Mas dejadme que le lllore.

No extrañeis, no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen,
No me preguntéis la causa
Que será mentar su nombre.
Y aquí de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo—padre, partamos
Antes que don Felix torne.

III.

Catorce dias despues
De su alqueria á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas,
El soldado y el pié cerca
Del estribo, cuando á ellos
Vió con extraña sorpresa,
Venir un hombre en un potro
Desbocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ansia extrema
De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad no esperá.
Mas gracias á su fortuna
Mucho mas que á su destreza
Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Pasó el lindero del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera,
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.

Era don Felix. Aurora
Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
¿ Partís? preguntó don Felix,
Con faz pálida y colérica:
Y con altiva mesura
Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.
¿ Por mucho tiempo?
ROBLEDA.
Por mucho,
Si es mucho la vida entera.

DON FELIX.
Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus Estados.

ROBLEDA.
Por eso fui yo á obtenerla
De él mismo nó há muchas horas.

DON FELIX.
¿ Y os la dió?
ROBLEDA.
Y gracias con ella.
Conque así, señor don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga
Y la mañana está fresca.

DON FELIX.
No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha de salir mi esposa

De donde su esposo queda.

ROBLEDA.

¿Qué estais hablando, don Felix?

¿Qué esposa ó qué rayo es esa,

Ni qué tengo yo que ver

Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.

Mas de lo que vos pensais

Mi mujer os interesa,

Que os vengo á pedir á Aurora

Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.

¡ Está su merced sin juicio,

Por Cristo vivo!

DON FELIX.

—Ello es fuerza,

Yo la adoro, la idolatro:

Todo el poder de la tierra

No me arrancaré del pecho

Esta pasion violenta.

ROBLEDA.

—Teneos, señor, teneos,

Que se os desboca la lengua;

Y aunque os amargue es preciso

Que oigais la verdad sincera.

Don Felix, doy por supuesto

Que ella os ama, doy que es cierta,

Profunda vuestra pasion,

Decidida y verdadera,

Mas ella nació villana,

Y vos en estirpe régia,

Si, porque sangre de reyes

Circula por vuestras venas.

Ved pues si podeis bajaros

Hasta humillaros con ella,

O si ella puede subir

A vuestra altitud excelsa.

DON FELIX.

—Si puede ¡viven los cielos!

Que en la mujer no hay nobleza,

Y en alas de la hermosura

Se encumbra hasta las estrellas.

Cuando yo herede el condado

Aunque segadora fuera

La esposa que yo tomare

Fuera siempre la condesa.

Que si soy de sangre noble

Soy tambien..

ROBLEDA.

—Un calavera

Que os cansareis en dos meses

De una záfia lugareña,

Y la encerrareis tirano

En alguna fortaleza.

Para gastar en la corte

Vuestro oro con las ajenas.

Creedme, señor don Felix,

Yo tengo mucha experiencia

Y sé lo que son las cosas;

Dejaos pues de quimeras.

Cada oveja, ya sabeis

El refran, con su pareja.

DON FELIX.

—Pues bien, viejo testarudo,

Ya que me provocas, guerra

Te haré desde hoy, de tus brazos

La arrancaré.

ROBLEDA.

—Y eso prueba

Bien claro que sois un vil,

Porque tan villana idea

Le ocurre solo á un menguado

Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

—Nada me importa tu cólera,

Me olvido de tu insolencia,

Y tú, Aurora de mi vida...

ROBLEDA.

—Don Felix, su merced vea

Que si da un paso hácia Aurora,

La vida al punto le cuesta.

La justicia de mi causa

Ha defendido mi lengua,

Con honor; de vuestro arrojó

Mis pistolas me defienda.

Así Robleda diciendo

Metióse con faz resuelta

Entre don Felix y Aurora,

La mano en las armas puesta.

Postróse á sus piés la niña

De miedo en llanto deshecha,

Volvió en su acuerdo don Felix.

Y á punto tal por la cuesta

Aparecieron ginetes

Del conde con la librea,

Él mismo delante de ellos

Avanzando á toda rienda.

EL CONDE.

¡Voto á san Dimas! ¿Qué es esto?

¿El siervo contra el señor?

ROBLEDA.

No busco de tal rigor

Para excusarme pretexto.

Mas yo mi honor defendia,

Y antes de volver atrás

Poco es de él, de Satanás,

Señor, le defenderia.

EL CONDE.

¿Mi hijo á tu honor atentó?

Robleda en verdad responde.

ROBLEDA.

Al vuestro atentaba, conde,

A no impedirselo yo.

Pidióme loco la mano

De mi hija y se la negué.

EL CONDE.

¿Eso pensó? ¡Por mi fe

Que eres, Felix, un villano!

ROBLEDA.

Yo se lo dije tambien,

Mas á fuerza, dijo airado,

Que obtendria de contado

Lo que no de bien á bien.

DON FELIX.

Pues bien, padre....

EL CONDE.

Calle el necio.

Robleda, tú has peleado

En otro tiempo á mi lado

Y siempre te tuve aprecio.

No, por mi vida, no es justo

Que pagues solo la pena

De culpa que ha sido ajena;

No has de partir, es mi gusto:

La posesion te concedo

De todo el valle que habitas;

Y vé si mas necesitas

Que agradecido te quedo.

Y tú, niña, olvida á ese hombre

Que no es en verdad razon

Que tenga tu corazon

Quien no ha de darte su nombre.

Otro encontrarás mejor,

Pues la dueña de este valle

Marido es fácil que halle

Si no conde, con honor.

ROBLEDA.

La proteccion agradezco,

Señor, mas es castigarme

A que me quede obligarme

En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia,

Robleda, mas he curado

De que vivas descuidado;

Enviaré á Felix á Francia.

Y aquí el conde de Aracena

Volviendo el rostro á su hijo

Frunciendo el ceño le dijo

Con voz decidida y llena:

Y ahora vos, caballero,

De hinojos ante ese anciano

Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA.

¡A mí, señor!

EL CONDE.

Yo lo quiero.

DON FELIX.

Padre y señor, si esto es

Para vos buen desagravio

Con gusto pondré mi labio

No en sus manos, en sus piés.

Mas ved que mi corazon...

EL CONDE (*interrumpiéndole*).

No hay mas en ello que hablar,

Yo dél os sabré arrancar

Tan indigna inclinacion.

¡Hincaos: besad: muy bien!

Ahora montad é id delante,

Mas id por mejor talante
 Por la estrella de Belén.
 Y si quereis desde ahora
 Que mi cólera no estalle,
 Olvidaos de este valle
 Y no penseis en Aurora.
 Dios sea contigo, Robleda,
 Y ahora á escape, señores,
 Que estarán mis cazadores
 Esperando en la alameda.
 Salió la gente del conde
 Tras él á escape resuelto
 Pero no sin haber vuelto

Los ojos Felix á donde
 Su Aurora en llanto desecha
 Recoge aquella mirada,
 Que acaso la desdichada,
 Como la última aprovecha.
 Mientras los pudo alcanzar
 La vista sobre ellos tuvo,
 Cuando perdido los hubo
 No pudo con su pesar.
 Huyó de su alma el valor
 Que hasta allí habia asistido
 Y al fin cayó sin sentido.
 ¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el conde
 Y envió á don Felix á Francia,
 Porque son tiempo y distancia
 Grandes contrarios de amor.
 El conde está satisfecho
 Y estálo tambien Robleda ;
 Aurora es solo quien queda
 Abismada en su dolor.
 Don Felix va caminando
 Apesarado y mohino
 Aliviando su camino
 Con las memorias de ayer.
 Mas mozo ilustre que al mundo
 Hoy sale por vez primera
 ¿Quién sabe si allí le espera
 Felicidad y placer?
 Siempre en el negro castillo
 De su familia encerrado
 Mas fortuna no ha llegado
 Ni mas gloria á concebir ;
 Toda su ambicion silvestre
 Se redujo á sus vasallos,
 Sus perros y sus caballos :
 Eso fué su porvenir.
 Mas si dichoso en la corte
 Y afortunado en la guerra
 Fama se conquista y tierra
 Con bien merecida prez ;

Si el hidalgo en provincia
 Allá en país extranjero
 Venturoso aventurero
 Medra en el mundo á su vez ;
 Si envuelto en el torbellino
 Del lujo y de la grandeza
 Altivo con su nobleza
 Y fiero con su favor
 Avasalla á la fortuna,
 ¿Quién de que viva responde
 En el corazon del conde
 Del campesino el amor?
 La juventud es la fuerza,
 La imprevisión la osadía,
 La juventud con un día
 De suerte amiga no mas
 Al golfo de la fortuna
 Sin brújula y sin estrella
 Se lanza, y boga tras ella
 Sin volver cara jamás.
 La felicidad no existe,
 La gloria es una mentira,
 Mas solo la gloria inspira
 Hazañas de gran valer.
 La dicha es la incertidumbre
 En que estriba la esperanza,
 Y porque nunca se alcanza
 Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
 Afanado siempre el hombre
 Acrecienta su renombre
 Y acrecienta su ambicion.
 Y así fué grande Alejandro,
 Y así inmortal vive Homero
 Por su fortuna primero
 Despues por su corazon.
 Eso es el hombre , deseos,
 Ambicion , fortuna , gloria,
 Eso es su vida , su historia,
 Del hombre es siempre el valor.
 Mas la mujer... ¡ desdichada !
 Débil y hermosa nacida,
 El amor solo es su vida,
 Su porvenir el amor.
 Mientras el hombre combate
 Con la fortuna contraria,
 Ella triste y solitaria
 Orando por él está :
 El hombre egoista , avaro
 Piensa en si mismo primero,
 Y el corazon todo entero
 Ella entre tanto le dá.
 ¡Pobre Aurora! en vano tiendes
 Los ojos desencajados
 Por los peñascos quebrados
 Que fuera del valle dan ;
 En vano pasas tus dias
 De silencio y pesadumbre,
 De tu escasa incertidumbre
 Acrecentando el afan.
 « ¿ Si volverá ? » — se pregunta
 Todos los dias Aurora.
 « ¿ Qué hará don Felix ahora ? »
 En eso piensa no mas.
 Verle venir á lo léjos
 A cada instante imagina,
 Mas la ilusion peregrina
 No se realiza jamás.
 En vano el viejo Robleda
 Consuelo estéril la ofrece
 Su duelo no desvanece
 La verdad ni la razon.
 Si acaso muestra en sus labios

Al buen viejo una sonrisa,
 Una lágrima le avisa
 De que pena el corazon.
 Y pasa dia tras dia,
 Consúmese hora tras hora,
 Mas no consuelan á Aurora
 La razon ni la verdad :
 Los dias pasa en silencio,
 Pasa las noches llorando,
 Continuamente arraigando
 Su amor en la soledad.
 « No llores , mi bien , la dice
 « Desolado el pobre viejo :
 « Al fin es mejor consejo
 « Lo que se pierde olvidar. »
 Y ella responde : — « Perderle
 « ¿ Por qué ocultar que me pesa ?
 « Ya sé que mi suerte es esa,
 « Mas dejádmela llorar.
 « Yo os prometí , padre mio,
 « No verle mas , no buscarle,
 « Mas no prometí olvidarle,
 « Que fuera imposible á fe,
 « Su imágen está con fuego
 « En mi corazon grabada,
 « Y eternamente guardada
 « En él la conservaré. »
 — « ¿ Y piensas , pobre inocente,
 « Que él conservará la tuya ? »
 — « Padre , quien quiera le arguya
 « Por la palabra que dió.
 « El será mi pensamiento
 « Mientras me dure la vida,
 « Si él , padre mio , me olvida
 « No he de culpárselo yo.
 « Solo su bien es mi anhelo
 « Y si á mi costa ha de hallarle,
 « Quiera logrársela el cielo
 « Si es venturoso sin mí. »
 Asi á su padre llorando
 Dice la infeliz Aurora ,
 Y el viejo oyéndolo llora
 Porque el triste lo cree así.
 Y en esta penosa calma,
 En esta intensa amargura ,

Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En consolar á su hija,
Mas ella en don Felix fija
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,
Al pié del cerro vecino
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Continuamente sentada

En la pradera florida
Donde le vió á su partida
Por la postrimera vez.
Y el desdichado Robleda
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inextinguible dolor.
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto
 Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del sol cubriendo los rayos
Tras de su cortiná lóbrega,
Del arroyuelo á la margen
Está la infeliz Aurora
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada
Aunque atractiva y hermosa,
Piensa en que el año se cumple
Y su don Felix no torna.
¡Un año! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año vá á hacer que ausente
Del dulce sueño que adora,
Aun de su vuelta conserva
Una ilusion mentirosa.
Aun sale todas las tardes
A contemplar á sus solas
La senda por dó solia
Bajar por entre las rocas.
Aun vuelve los tristes ojos
Con esperanza engañosa
Creyendo verle á lo léjos
Doblar la empinada loma,
Mas nunca llega don Felix;
Jamás amiga persona

Trae carta ó noticia suya
A la enamorada Aurora.
Y ella sin embargo espera,
Mas ¡ay! esperanza loca
El año entero se cumple
Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,
Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.
No es ilusion esta vez;
Un bulto de humana forma
Es la aparicion. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
Su nombre, su sér, su historia.
Y en tanto descende al valle
La aparicion venturôsa
Que es un viejo peregrino
Con su bordon y sus conchas.
Agil y récio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas

Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz majestuosa,
Vaga sonrisa en los labios
Mirada escudriñadora.
Tal era aquel extranjero
De cuya agradable boca,
Oyó Aurora un «Dios te guarde,»
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesía
Con un «vengais en buenhora.»
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa
Trabando entrambos á poco,
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.
¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima,
Pobre niña?

AURORA.
—Ya lo veis,

Llorar.

EL PEREGRINO.
¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.
Mis desventuras, señor.
EL PEREGRINO.
¿Tan jóven y ya te acosan
El corazon las desdichas?

AURORA.
Cada dia se redoblan.
Mas perdonadme extranjero
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venis de Francia?

EL PEREGRINO.
Es mi patria.
AURORA.

¿Y la habeis andado toda?
EL PEREGRINO.
Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.

¿Mas qué te suspende niña?
¿Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa...

AURORA.
No la tengo
EL PEREGRINO.
Algun hermano...
AURORA.

Tampoco.
EL PEREGRINO.
Alguna persona
Querida... Tal vez la misma
Ocasion de tus congojas.

AURORA.
Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
De mi no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.
¿Un hombre?

AURORA.
Sí.
EL PEREGRINO.
¿De española

Sangre nacido?
AURORA.
En sus reyes
Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.
¿Pasó á Francia?
AURORA.
Por mi culpa.

EL PEREGRINO.
¿Le amabas?
AURORA.
Mucho.

EL PEREGRINO.
¿Y se nombra?
AURORA.
Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.
¿Altivo?